

CAPITULO LX.

Donde se ve cómo el cacique de Zempoala quiere hacer á los españoles instrumento de su venganza.



ERA difícil el camino, porque la cuesta era muy pendiente. Costaba algun trabajo á los españoles andar por ella. Su sorpresa fué grande, cuando al encontrarse á muy poca distancia de la ciudad, vieron á los indios de Zempoala tomar carrera, y poseidos como de un vértigo, correr á la ciudad en actitud amenazadora.

Creyó al pronto Cortés que era valor aquella determinacion. Desgraciadamente no era más que sed de venganza, de saqueo, con cuya impunidad contaban teniendo al lado suyo á los españoles.

Cortés les envió orden para que se detuvieran.

A punto estaban de asaltar la ciudad, cuando se presentaron con ánimo de ver al jefe de los españoles ocho ancianos, que por su traje demostraban ser butios.

Aquellos hombres venerables manifestaron vivos deseos de ver al jefe del ejército.

Y cuando llegaron á su presencia, mostrándose en extremo sumisos, le rindieron pleito homenaje.

Se notaba en su fisonomía, en sus ademanes, en sus miradas, el inmenso pavor que se habia apoderado de su espíritu; que el único deseo que les alentaba á llegar hasta allí, era el de implorar los beneficios de la paz para todos los habitantes de Zimpacingo, que estaban horrorizados al creer que los de Zempoala iban á caer sobre ellos reforzados por los españoles.

El traje de aquellos indios se componia de una manta negra, cuyas puntas llegaban hasta el suelo, quedando recogida y plegada por el cuello.

Una especie de capucha colgaba sobre su espalda, y servia de abrigo á su cabeza.

Largos cabellos caian sobre sus hombros, y en ellos se notaban manchas de sangre.

Era la sangre de las víctimas que inmolaban ante los dioses, con la que impregnaban sus cabellos, su cara y sus manos, estándoles prohibidos lavarse, porque aquellas manchas sostenian la supersticion del vulgo.

Con voz doliente y angustiada:

—¿Por qué razon, preguntó á Hernan Cortés, venís á castigarnos de ese modo? ¿Qué delito hemos cometido nosotros, pobres moradores de una ciudad pacífica, para despertar vuestra indignacion?

—No he venido á maltrataros, contestó Hernan Cortés, sino á encontrar á los soldados mexicanos que el emperador Moctezuma ha enviado á vuestra ciudad para combatir conmigo.

—¿Qué soldados son esos? preguntaron algunos.

—No hay ninguno: los pocos que habia para someternos á la voluntad de Moctezuma, se han retirado apenas han sabido que los caciques de Zempoala y Quiabislan aprisionaron á los ministros de Moctezuma.

—Segun eso, preguntó Hernan Cortés, ¿no es cierto que, obediendo al emperador, y auxiliados por su ejército, querais hacernos la guerra?

—¡Ah! Señor, dijo uno de los sacerdotes. Si tal habeis creído, os habeis engañado. Si eso os han dicho, no lo creais. Pero nada me extraña. Los indios de Zempoala son enemigos nuestros, y conociendo vuestra fuerza y vuestro poder, han abusado de la amistad que les ofreais, sin más objeto que les vengueis de las derrotas que en noble lucha les hemos hecho sufrir.

Inmediatamente mandó llamar Hernan Cortés á los jefes de los indios que Ilaiban habia puesto á sus órdenes, y por las respuestas que dieron á sus preguntas, conoció desde luego por su turbacion que en efecto el cacique le habia engañado, y que su único fin, al impulsarle á combatir á los habitantes de Zimpacingo, no habia sido otro que el de tomar venganza de ellos.

—Tranquilizaos, dijo á los sacerdotes. Yo os ofrezco que no caeré en el lazo que han querido tenderme.

Llamó inmediatamente á Pedro de Alvarado y á Cristóbal de Olid.

—Corred al pueblo, les dijo, y prohibid toda clase de desmanes á los indios. Haced que vuelvan, y no perdoneis al que haya cometido la menor infamia.

Ya llegaron tarde los dos capitanes.

Los indios, obedeciendo á sus instintos vengativos, y apoyados en la proteccion que les dispensaban los españoles, entraron á saqueo á la ciudad y cuando Alvarado y Olid llegaron, ya habian hecho prisioneros á muchos indios, apoderándose ademas de alhajas y de ropas.

No tardaron en llevar á presencia de Hernan Cortés á los culpables con el cuerpo del delito.

Los míseros despojados iban detrás pidiendo justicia.

Hernan Cortés se indignó.

—Decid á esos hombres que son indignos de mi amparo, y que restituyan á esos infelices lo que les han usurpado.

Estas órdenes se obedecieron.

Los sacerdotes se encargaron de devolver á cada cual lo suyo, y mientras tanto, Hernan Cortés habló á dos capitanes de los que más confianza le inspiraban, á fin de preparar una comedia, que tuvo lugar poco despues.

En presencia de los indios de Zimpacingo y de los butios, habló á los jefes de los de Zempoala en estos términos:

—Habeis cometido una infamia. Habeis engañado á vuestro

protector, á vuestro amigo, y esto no merece perdon. Seré con vosotros inexorable, y estoy dispuesto á sacrificaros para castigar vuestra infamia.

Así, pues, el mejor castigo que puedo dar á vuestro cacique, es enviarle vuestras cabezas como una muestra de lo que haré con la suya si vuelve á reincidir.

Estas palabras, pronunciadas con entereza por Hernan Cortés, y traducidas fielmente por los intérpretes, consternaron á todos.

Los indios culpables cayeron de rodillas, implorando perdon. Hernan Cortés se hizo fuerte.

—No os perdono; yo no puedo disculpar una falta tan considerable. Que se ejecute la sentencia que he dictado.

Al llegar á este punto, los capitanes:

—Piedad para estos infelices, exclamaron. Ved que la pasion los ciega, que han obedecido á una obcecacion lamentable. Ellos os juran no volver á incurrir en semejante falta. Ellos os aseguran para siempre su sumision, su lealtad.

Ya que por fortuna no han derramado sangre, ya que han devuelto todos los objetos que han robado á sus dueños, ya que los veis tan pesarosos y arrepentidos, perdonadlos, sed generoso, y os lo agradecerán eternamente.

—Puesto que intercedeis por ellos, los perdono. Pero ¡ay del que en lo sucesivo se atreva á cometer la menor infamia en donde quiera que yo esté!

Este perdon fué saludado con las mayores muestras de gratitud.

—Ninguno de vosotros, añadió Hernan Cortés, dirigiéndose á los de Zempoala, entrará en Zimpacingo. Os quedareis aquí sin moveros hasta que yo os avise. Nosotros marchamos á la ciudad.

Y con sus capitanes y sus soldados se adelantó siendo recibi-

do con las mayores demostraciones de admiración y respeto por parte de aquellas gentes.

Llegó á tal punto su adhesión, que el mismo cacique manifestó que mientras estuviera allí el rey de los españoles, como él llamaba á Hernan Cortés, él sería el único que mandaría en sus vasallos.

Es indecible el efecto que produjo la conducta de Hernan Cortés entre aquellos hombres.

La Providencia le guiaba, y á cada instante se aumentaban para él las probabilidades de llevar de nuevo su empresa á buen término.

Para seguir sembrando el bien por todas partes, procuró averiguar cuál era la causa de la enemistad que existía entre los habitantes de Zimpacingo y de Zempoala, y después de informarse bien y de dar la razón al que la tenía, se comprometió á ajustar la paz.

Le convenía en extremo, porque todas aquellas tribus eran naturales enemigos de Moctezuma, y deseaba que cesasen las disensiones.

Logró que los dos caciques firmasen la paz con la mayor solemnidad, y que sus vasallos fraternizasen.

Su ascendiente sobre unos y otros llegó á ser inmenso.

Gracias á su tacto y á los favores de la Providencia, sus quinientos soldados contaban ya con el auxilio de numerosos montañeses, que podían prestarle una ayuda eficaz en el caso de ser indispensable la guerra con Moctezuma.



CAPITULO LXI.

Sacrificios bárbaros.



ONOCIÓ el cacique de Zempoala el desacierto que había cometido engañando á Hernan Cortés, y aguardaba con verdadero temor su llegada.

Para aplacar su ira, escogió ocho doncellas de las más hermosas de su tribu, y entre ellas á una sobrina suya, todas dotadas de peregrina belleza.

Después de adornarlas ricamente, aguardó á que volviese Hernan Cortés para implorar su perdón y hacerle aquel regalo.

Hernan Cortés, que estaba prevenido, le perdonó en vista del propósito de su enmienda, asegurándole que si reincidía, su castigo sería tremendo.

Dióle luego noticia de las paces que había ajustado con el cacique de Zimpacingo, y preparó la notable entrevista á que hemos asistido.

El cacique dispuso, para celebrar el perdón que había alcanzado, un espléndido banquete.

Al terminar el festín, se adelantó el cacique hasta donde estaba Hernan Cortés, seguido de las ocho doncellas, y presentándole á las pudorosas vírgenes:

—En prueba de la gratitud que os profeso, del lazo estrecho que deseo que me una siempre con vos y con vuestros soldados, permitidme que os ofrezca estas ocho doncellas, una de las cuales tiene mi sangre en sus venas.

Marina dirigió una mirada terrible á Hernan Cortés.

—Tomad á mi sobrina, añadió el cacique, y repartid las demas entre vuestros capitanes.

—No podemos aceptar de ningun modo vuestra oferta.

Nuestra religion es distinta de la vuestra, miéntras no creais en las doctrinas del Evangelio, es imposible toda alianza entre nosotros y vosotros.

Algunos de los capitanes y los soldados en general, murmuraron alguas palabras por la negativa de Hernan Cortés.

Pero ante la pasion desordenada se levantaron los sentimientos religiosos, y comprendiendo que no podian, sin incurrir en un grave pecado, estrechar alianza con las mujeres indias, acabaron por dar la razon á su jefe.

El cacique oyó con verdadero disgusto las palabras que le dijo Hernan Cortés.

—Ya veis la fuerza que tenemos, el prestigio de nuestras armas.

Vosotros mismos que temblais ante Moctezuma, estais ya vencidos de que nuestro poder es superior al suyo.

Todo esto lo debemos à nuestra religion.

Vosotros adorais á falsos ídolos, y los sacrificios de sangre humana con que intentais aplacar su ira, son una prueba de vuestra ignorancia, de vuestra supersticion, de la necesidad que teneis de abjurar para siempre de vuestras creencias y aceptar las nuestras, que son las verdaderas.

Estas palabras produjeron un inmenso disgusto en el cacique, y no hallando respuesta que darle, le pareció la resolucion más acertada separarse de él.

—Será inútil todo cuanto hagamos, dijo Marina á Hernan Cortés.

—Es que si no quieren por buenas lo que les ofrezco, tendrán que aceptarlo por malas.

—Pronto vereis, añadió Marina, en una de las festividades que van á celebrar, cuán grande es el entusiasmo que les inspira su religion, y cuánta fe tienen en sus ídolos.

—Pues es esa la mejor ocasion para convencerles de su ignorancia.

—No lo conseguirás nunca.

—Lo veremos.

Y Hernan Cortés se dispuso á aprovechar aquella ocasion para obtener de los de Zempoala el triunfo que se prometia.

Pocos dias trascurrieron desde la escena que hemos referido hasta la de la festividad de los indios.

Con el mayor misterio, por temor de que pudieran descubrir sus maniobras, eligió el cacique entre sus vasallos doce víctimas, que debian ser inmoladas en el ara.

Tal era la costumbre de aquellos salvajes.

Despues de sacrificar á los infelices en presencia de los ídolos, los descuartizaban y vendian los fragmentos de sus cadáveres á los más religiosos.

Estos los compraban y los devoraban, considerándolos como manjares sagrados.

Llegó el dia de la ceremonia, y uno de los soldados, veterano y hombre de corazon, llamado Juan de Torres, vió conducir al adoratorio principal á doce indios con el rostro compungido, y el más agudo dolor en la mirada.

Poseido de viva curiosidad, siguió á los indios que los conducian, y se quedó á la puerta del adoratorio con ánimo de penetrar en un momento dado para ver qué hacian con aquellos infelices.

Los butíos eran los sacrificadores.

Escuchó un grito penetrante, y entró en el templo.

El espectáculo que se presentó á su vista era horroroso.

Acababa de ser sacrificado el primer indio.

Inmediatamente corrió á dar parte á Hernan Cortés de lo que pasaba.

El caudillo se irritó.

—Corre á llamar á los capitanes, le dijo, y diles de mi parte que den las ordenes para que formen todas las tropas.

Sin pérdida de tiempo ve á avisar al cacique, y dile que se presente con los indios más principales que le acompañan.

Juan de Torres, que estaba profundamente conmovido, se apresuró á satisfacer los deseos de su jefe.

Cuando llegó el cacique con sus dignatarios, acudiendo al llamamiento de Hernan Cortés, estaban formados los españoles, y su jefe, mirando con arrogancia al cacique:

—Os he llamado para que me lleveis al adoratorio, para ver si es verdad lo que me acaban de referir.

El cacique y los que le acompañaban no tuvieron más remedio que obedecer.

Hernan Cortés, con los indios, sus capitanes y algunos soldados, llegaron al adoratorio.

CAPITULO LXII.

Destruccion de los ídolos.



ALARMÓ á los sacerdotes la presencia de los extranjeros con los caciques.

La actitud hostil de los soldados de Hernan Cortés, hizo comprender á los butíos que peligraba su religion, y sin oír siquiera las fuertes amonestaciones que empezaba á dirigirles el caudillo de los españoles, abandonaron el templo, se diseminaron por la ciudad, y alarmando á los indios con la noticia de que sus huéspedes iban á destruir su religion, los convocaron para que acudieran con armas á oponerse á aquel horrible atentado.

Miéntas Hernan Cortés increpaba al cacique por los horrores que presenciaba, miéntas que le decia: «sois unos miserables indignos de la proteccion que os dispense. Creéis que adorais á vuestros dioses, sacrificando á infelices víctimas en holocausto de vuestros falsos ídolos? Es una iniquidad que no consiente, que debe acabar para siempre;» los indios, excitados por los sacerdotes, fueron reuniéndose en los alrededores del templo, y no tardaron en avisar á Hernan Cortés la actitud hostil en que se colocaban.

Inmediatamente mandó que dos capitanes se apoderasen del cacique de Zempoala, y que los demas soldados custodiasen á los indios que estaban en el adoratorio.

Saliendo, en efecto, á la puerta del templo, se convenció de que los indios, instigados por los butíos, estaban resueltos á no consentir que se ultrajase á sus dioses.